

Capital social y desarrollo rural

JOSÉ FERNÁNDEZ SANTILLÁN*

Ante las graves carencias que sufre la sociedad mexicana y en especial el sector rural, se han tratado de encontrar alternativas de solución. En esto ha habido de todo. Sin embargo no ha sido explorado en nuestro medio el tema relativo al “capital social”. En contraste con el poco o nulo conocimiento de este tópico en México, la verdad es que en otras partes está siendo estudiado y aplicado con enorme éxito. Por eso, vale la pena analizar su naturaleza y alcances.

El autor que es considerado el máximo exponente en la materia es Robert D. Putnam. Ahora bien, que sea el máximo exponente no significa que sea el pionero ni en términos teóricos ni prácticos. De hecho, en una expresión de honestidad intelectual digna de encomio, él mismo reporta los verdaderos orígenes prácticos y doctrinarios del concepto.

En su primer libro sobre el particular, *Making Democracy Work* (“Haciendo que la Democracia Funcione”) este autor se refiere al texto ya clásico de Gabriel Almond y Sydney Verba, *Civic Culture*, en el que, con evidencias empíricas extraídas de cinco naciones, se constatan algunos rasgos característicos del “capital social”:

* Asesor del C. Secretario de la Reforma Agraria.



Los miembros de las asociaciones despliegan una sofisticación política mayor, confianza social, participación política y ‘competencia cívica subjetiva’. La participación en las organizaciones cívicas despierta destrezas cooperativas así como el sentido de responsabilidad compartida para llevar a cabo esfuerzos colectivos.¹

Este espíritu cívico, cuando es promovido, tiene la característica de extenderse como un círculo virtuoso en la sociedad tanto urbana como agraria. En el mismo tenor, Putnam alude al estudio comparativo desarrollado por Milton Esman y Norman Uphoff entre los países desarrollados y los países en vías de desarrollo. Tal pesquisa concluyó que la clave para alcanzar altos niveles de productividad consistía en la formación de lazos de confianza y cooperación entre los productores locales:

Una vigorosa red de organizaciones basadas en la membresía es esencial para cualquier esfuerzo serio con vistas a superar la pobreza extrema en condiciones que tienden a prevalecer en la mayoría de los países en desarrollo... Mientras que algunos componentes —inversiones en infraestructura, políticas públicas de apoyo, tecnologías apropiadas e instituciones burocráticas y empresariales— son necesarios, nosotros no podemos concebir alguna estrategia de desarrollo rural que combine el crecimiento en la productividad con la más amplia distribución de los beneficios, en la que las organizaciones participativas locales no sean predominantes.²

¹ Almond and Verba, *The Civil Culture*, chapter, 11. Citado por Robert Putnam, *Making Democracy Work*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1993, p. 90.

² Milton J. Esman and Norman T. Uphoff, *Local Organizations: Intermediaries in Rural Development* (Ithaca, Cornell University Press, 1984, p. 40. Citado por Robert D. Putnam, *op.cit.*, p. 90.



Las afirmaciones de Esman y Uphoff coinciden con lo expuesto por Edward Banfield quien estudió la vida en Montegrano, Italia. Banfield expone las razones por las cuales, a su parecer, la pobreza extrema hizo mella en esa población:

La miseria y sus implicaciones se explican (aunque no de manera exhaustiva) por la falta de capacidad de los lugareños para moverse en pos del bien común o, de manera efectiva, en pos de cualquier propósito que vaya más allá del interés material más inmediato del núcleo familiar.³

Aquí encontramos la clave para explicar el “capital social”. Por un lado, Esman y Uphoff apuestan a que las redes de confianza, cooperación, participación y fidelidad grupal sean un factor de desarrollo; por otro, Banfield encuentra que la carencia de interés en sumar las energías individuales para alcanzar propósitos colectivos trae como consecuencia la pobreza. Dicho de otro modo, los primeros encuentran la solución en la creación de capital social; el segundo observa que la desgracia de Montegrano reside en la carencia de dicho capital.

Putnam remarca que el antecedente teórico del concepto “capital social” se encuentra en las ideas de Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill:

Es importante para nuestro proyecto el hecho de que el trabajo reciente sobre el capital social proviene del eco de las tesis de los teóricos del pensamiento clásico como Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill acerca de que la democracia en sí misma depende de un compromiso activo de los ciudadanos en los asuntos de la comunidad.⁴

³ *Ibidem*, p. 91.

⁴ Robert D. Putnam, *Democracies in Flux*, Oxford United Kingdom, Oxford University Press, 2002, p. 6.



La originalidad de Putman reside, en todo caso, en que emprendió un trabajo de investigación de gran envergadura —le tomó casi 25 años—, en torno a las reformas institucionales aplicadas en las regiones y localidades de Italia en los años setenta. Su cometido fue conocer la manera en que las instituciones gubernamentales se adaptan a los ambientes sociales en los que operan. No sabía a lo que se iba a enfrentar ni lo que podía extraer de esa investigación.

El resultado fue sorprendente. Lo que arrojó el análisis fue una relación directa entre las “regiones cívicas”, ricas y desarrolladas del norte —como la Emilia Romagna— y la existencia de “capital social”, en tanto que las comunidades “menos cívicas” del sur —como Basilicata— registraron una falta de ese capital social:

Los ciudadanos en las comunidades cívicas, se dice, tratan entre sí en términos justos y esperan la misma reciprocidad. Ellos confían en que sus gobiernos alcancen altos estándares de eficiencia, y de manera voluntaria obedecen las leyes que ellos mismos se han dado[...] En las comunidades menos cívicas, en contraste, la vida está en riesgo, los ciudadanos son desconfiados y las leyes impuestas desde arriba están hechas para ser violadas.⁵

En el norte desarrollado de la península itálica las relaciones económicas y de poder son más igualitarias; en el sur, en cambio, esas relaciones son jerárquicas y clientelares. En un caso el orden público está garantizado por el apego voluntario de los ciudadanos a la ley; en el otro, el orden público descansa en el uso continuo de las fuerzas del Estado para resolver los conflictos: “Ante la ausencia de solidaridad y autodisciplina, la jerarquía y la fuerza proporcionan la única alternativa frente a la anarquía.”⁶

⁵ Robert D. Putnam, *Making Democracy Work*, op. cit, p. 111.

⁶ *Ibidem*, p. 112.



Así y todo, la verdadera fuente de la que abrevó Putnam, según lo reconoce en su obra más reciente, *Democracies in Flux (The Evolution of Social Capital in Contemporary Society)*, es L. Judson Hanifan, un joven y progresista educador y reformador social, quien a principios del siglo XX regresó a su natal West Virginia, para trabajar en el sistema escolar del medio rural. Este joven, preparado en las mejores universidades norteamericanas, llegó a la conclusión de que los graves problemas de las comunidades sólo podían ser resueltos mediante el fortalecimiento de las redes de confianza y apoyo mutuo entre sus miembros. Observó que las viejas costumbres de ayuda entre los hombres del campo y el compromiso cívico estaban cayendo en desuso.

Bajo esta preocupación, Hanifan escribió en 1920 el libro *Community Center*, allí urgió a renovar los lazos sociales para reforzar la democracia y el desarrollo económico. Él fue quien verdaderamente acuñó el término capital social. Y lo explicó de la siguiente manera:

Al usar el término capital social no hago referencia a la acepción en que comúnmente se usa el término capital, más que en un sentido figurado. No hago alusión a algún bien pecuniario o a una propiedad personal o a dinero en efectivo, sino más bien a aquello que en la vida cotidiana de las personas es una materia tangible que cuenta. O sea, la buena voluntad, compañerismo, simpatía, relaciones sociales entre los individuos y las familias que construyen la unidad social [...] El individuo, en términos sociales, está desamparado si se deja solo [...] En cambio, si entra en contacto con su vecino, y ellos con otros vecinos, habrá una acumulación de capital social, que quizá satisfaga inmediatamente sus necesidades sociales y acaso albergue la capacidad suficiente para mejorar sustancialmente las condiciones de vida de la comunidad en su conjunto.⁷

⁷ L. J. Hanifan, *The Community Center*, Boston, Silver Burdett, 1920, pp. 9-10. Citado por Robert D. Putnam, *Democracies in Flux*, op. cit., p. 4.



Hanifan resaltó los beneficios individuales y públicos que podría reportar el capital social: “Cuando las personas de una determinada comunidad se han conocido lo suficiente y han creado el hábito de juntarse ocasionalmente para el entretenimiento, la interacción social y el gozo personal, luego, por la habilidad del liderazgo, este capital social probablemente sea orientado hacia el mejoramiento general del bienestar de la comunidad.”⁸

El capital social no es un bien que se pueda cuantificar. Como él mismo dice: “Si nosotros pensamos a la política como una industria, quizá la disfrutaremos en su nueva eficiencia para ahorrar trabajo, pero si nosotros pensamos a la política como una deliberación democrática, el no incluir a la gente significa perder todo el sentido de la argumentación.”⁹ Se deduce que el trabajo de Putnam coincide en la importancia de la comunicación entre los individuos para crear y sostener la democracia.

Ahora bien, respecto a la posición que adopta este autor respecto a la discusión política más relevante en nuestro tiempo entre liberales y comunitaristas, hemos de decir que él adopta una posición especial. Los liberales, que reivindican la prioridad lógica y axiológica de los derechos individuales, se remiten a John Locke y Emmanuel Kant así como a escritores contemporáneos como John Rawls. Una de las ramas filosóficas del liberalismo es el contractualismo. Los comunitaristas que defienden la primacía argumentativa y ética de los derechos colectivos (que son diferentes e incluso opuestos a los derechos sociales), se identifican con Juan Donoso Cortés y Edmund Burke, así como a Alasdair MacIntyre. Los comunitaristas generalmente se respaldan en el historicismo.

Putnam, por su parte, toma una posición intermedia entre los dos bandos; para ello advierte que el pensamiento político y social contemporáneo está basa-

⁸ L. J. Hanifan, “The Rural School Community Center”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, n° 67, 1916, pp. 130-138. Citado por Robert D. Putnam, *Democracies in Flux*, pp. 4-5.

⁹ Robert D. Putnam, *Bowling Alone*, New York, Simon & Schuster, 2000, p. 40.



do en la distinción expuesta por Ferdinand Tönnies en su obra *Comunidad y sociedad* (*Gemeinschaft und Gesellschaft*) entre las relaciones sociales tradicionales y las modernas: “El pensamiento social contemporáneo ha tomado del sociólogo alemán del siglo XIX, Ferdinand Tönnies, la distinción entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, esto es, entre una *comunidad* tradicional, en pequeña escala y cara a cara, interacción basada en un sentido universal de solidaridad y una sociedad moderna, racionalista e impersonal sustentada en el autointerés.”¹⁰ Este planteamiento dicotómico llevaría, entonces, a la imposibilidad de hablar, como Putnam lo hace, de una “comunidad cívica” porque en términos convencionales la “comunidad” es simple y al mismo tiempo arcaica, en tanto que el concepto “civil” implica complejidad y modernidad. Ante la aparente imposibilidad de conjugar ambos conceptos, es decir, comunidad y civilidad, el espacio vacío sería ocupado por la moderna aglomeración, la tecnología avanzada pero deshumanizada que induce a la pasividad cívica y al individualismo que busca su propia satisfacción.

Frente a esto, lo que señala Putnam es que su estudio lo llevó a una conclusión diferente. Admite que, efectivamente, las comunidades rurales del sur de Italia son las menos desarrolladas de ese país. Es un error, por tanto, idealizar a las comunidades tradicionales como lo hacen los comunitaristas. La verdad es que ellas están marcadas por la jerarquía y la explotación, no por relaciones igualitarias. En Calabria, por ejemplo, no hay confianza cívica ni muchas asociaciones espontáneas. Prevalece la desconfianza dentro de las mismas comunidades.

En Emilia-Romagna, situada en el norte, sucede lo contrario. Es un lugar bullicioso, concurrido y una de las sociedades, tecnológicamente hablando, más avanzadas del planeta. Allí se entrelaza una enorme cantidad de redes asociati-

¹⁰ Robert D. Putnam, *Making Democracy Work*, op. cit., p. 114.



vas. A ello corresponde un gran espíritu público y un compromiso cívico entre los ciudadanos. A su parecer el ejemplo de la Emilia-Romagna conduce a afirmar que la “comunidad cívica” sí puede existir junto con los atributos propios de la modernidad. Teniendo como referencia esta cualidad combinada, Putnam sostiene: “Las regiones más cívicas de Italia —las comunidades en las que los ciudadanos se sienten fortalecidos para vincularse en las deliberaciones colectivas en torno a las opciones públicas y en donde esas opciones son traducidas de manera más completa en políticas públicas efectivas— incluyen algunas de las localidades y ciudades más modernas de la península. La modernización no necesita muestras del hundimiento de la comunidad cívica.”¹¹ A su entender la comunidad cívica y la modernidad pueden caminar de la mano. Donde florece la integración comunitaria hay un gran número de sociedades corales, de clubes de fútbol, de excursionistas y de rotarios. Se leen más periódicos. Los ciudadanos están más comprometidos con la solución de temas de interés público y no piensan en la política como aquel conjunto de relaciones de subordinación patronal. En esas localidades, los individuos saben que los demás actuarán de manera correcta y que obedecerán la ley. Los funcionarios y líderes sociales son relativamente honestos. Los ciudadanos creen en el gobierno democrático y tienen disposición para establecer compromisos con sus adversarios políticos. Esto se debe, entre otras cosas, a que los ciudadanos y los líderes congenian: “Las redes sociales y políticas están organizadas de manera horizontal, no de forma jerárquica. La comunidad valora la solidaridad, el compromiso cívico, la cooperación y la honestidad. El gobierno funciona.”¹²

En contraste, en las “comunidades inciviles” la vida está organizada de manera jerárquica. El compromiso ciudadano es escuálido. La visión popular que se tiene de los asuntos públicos es que se trata, en realidad, de un negocio de los

¹¹ *Ibidem*, p. 115.

¹² *Idem*.



encumbrados —sean estos los notables, los “capos” de la mafia o simple y sencillamente de los “políticos”— y no un tema de interés para los individuos. Muy poca gente toma parte en las deliberaciones sobre el bienestar público.

Si, en todo caso, se puede hablar de una participación política, ésta es entendida como dependencia personal hacia algún cacique y no como un propósito colectivo. La vinculación con algún tipo de asociación social es escasa. La corrupción es moneda de uso corriente sea entre ciudadanos o entre políticos y funcionarios. En consonancia con esta mentalidad se habla en tono burlón de los principios que caracterizan a la democracia. En la mentalidad de las personas las leyes fueron hechas para ser violadas. Al estar atrapado en este círculo vicioso casi todo mundo se siente desamparado y explotado. En tales circunstancias el gobierno es menos efectivo y alejado de los sentimientos de la gente común.

Al plantear las cosas de esta manera, el propio Putnam acepta que su idea de “comunidad cívica” se acerca a lo que Benjamín Barber llama la democracia fuerte (*Strong democracy*). Dice Barber:

La democracia fuerte descansa en la idea del autogobierno de la comunidad de ciudadanos que están unidos menos por intereses homogéneos que por la educación cívica y que son capaces de establecer propósitos comunes y acciones mutuas en virtud de sus actitudes cívicas e instituciones participativas más que por su altruismo o su buena condición. La democracia fuerte es compatible con —y en efecto ella depende de— la política del conflicto, la sociología del pluralismo, y la separación de los ámbitos de acción público y privado.¹³

Si nos atenemos a la definición estricta de “comunidad” que se distingue por la homogeneidad de costumbres, el apego a la tradición, la identidad étnica y reli-

¹³ Benjamín Barber, *Strong Democracy (Participatory Politics for a New Age)*, Berkeley, University of California Press, 1984, p. 117.



giosa, así como la presencia de una interpretación del mundo de carácter mágico-religioso, nos daremos cuenta de que esa definición clásica no encaja en la comunidad cívica planteada por Putnam. La suya es una caracterización moderna de la sociedad civil en el nivel en el que los lazos de integración son más visibles. Este autor admite la presencia del conflicto constructivo, la educación democrática, las instituciones de participación y la sociología del pluralismo junto con la separación de lo público y lo privado, cosa que nunca podría ser aceptado en una comunidad tradicional.

Por ello, como hemos insistido, Putnam no puede ser catalogado en el mismo rango que los comunitaristas más conspicuos que, como Charles Taylor, se manifiestan contrarios a la modernidad y el espíritu de la democracia-liberal representativa.

Lo que a mi parecer distingue la posición de Putnam frente a los comunitaristas es la admisión de la importancia que guarda el individuo en el grupo. De hecho, junto a lo que él llama —a mi parecer erróneamente— “comunidad cívica” está el “principio de asociación” que es una derivación liberal de los derechos individuales. En la práctica, el derecho de asociación es uno de los puentes que ligán al liberalismo con el socialismo. El principio asociativo, que es básico en su estudio sobre Italia, impulsó las sociedades de ayuda mutua que se desarrollaron en la posguerra en Francia e Inglaterra. Este principio fue la base sobre la que se alzó el Estado benefactor (*Welfare State*) que fue un experimento normativo para vincular la democracia con el socialismo.

La sustancia de las sociedades mutualistas fue la reciprocidad: “te ayudaré si tú me ayudas; tú y yo vamos a hacer frente a estos problemas, juntos, en razón de que ninguno puede hacerlo solo.”¹⁴ En estas consideraciones está presente la idea del interés individual, que al no poderse realizar de manera aislada, opta por

¹⁴ *Ibidem*, p. 139.



integrarse y colaborar con los demás hombres. En pocas palabras, lo que el individuo no puede solucionar por sí mismo, lo puede hacer mediante el auxilio del grupo.

Bajo esta lógica, Putnam toma como indicador del crecimiento del capital social el incremento de nuevos grupos civiles de apoyo recíproco: “estos nuevos grupos de apoyo trasladan, lo que se pensó que fuesen problemas privados, al campo de lo público. Este tipo de grupos de apoyo tiende a llenar un hueco importante de necesidades de muchas personas que quizá de otra manera carecerían de acceso al capital social.”¹⁵ En mi opinión esta perspectiva no es ajena al contractualismo que, como hemos dicho, es uno de los pilares de la filosofía liberal. En la base de ese contractualismo está el individuo que opta por ponerse de acuerdo con sus semejantes para construir, por propia voluntad, lazos asociativos. No podemos olvidar que todas las teorías comunitaristas son anticontractualistas.

A mi parecer, lo que él llama “comunidad cívica” podría tener como sinónimo “asociación cívica” y sería incluso más ilustrativa de lo que quiere significar cuando se refiere el concepto “capital social”. A fin de cuentas lo que a Putnam le interesa no es adherirse al comunitarismo junto con sus reivindicaciones centradas en los derechos colectivos; más bien lo que quiere resaltar es la diferencia entre los grados de avance que registran las sociedades que cubren las características de las agrupaciones cívicas y las agrupaciones incívicas. Las primeras se identifican con la democracia, en tanto que las segundas generalmente han sido sometidas a la dominación autocrática.

La costumbre en las regiones atrasadas de Italia ha sido desde tiempos inmemoriales la subordinación con base en relaciones verticales entre el patrón y el siervo. Tal como Bevilacqua lo escribió:

¹⁵ Robert D. Putnam, *Bowling Alone*, *op. cit.*, p. 151.



Las clases campesinas estuvieron más en guerra entre ellas que con otros sectores de la sociedad rural. Una guerra que dio pie a reales y recurrentes rivalidades económicas, psicológicas y culturales. El triunfo de este tipo de actitudes sólo puede ser entendido en el contexto de una sociedad que fue dominada por el sentimiento de desconfianza. El peso del pasado cuando se combina con el fracaso de la autoridad estatal produjo una sociedad en la que la *Fede pubblica* (confianza cívica) fue reducida al mínimo: “*chi ara diritto, muore disperato*” (quien ara derecho muere desesperado) es un conocido dicho calabrés.¹⁶

Putnam se encarga de puntualizar que la distinción relevante no es entre la presencia o ausencia de lazos sociales, sino más bien entre los vínculos horizontales de mutua solidaridad y las relaciones verticales de dependencia y explotación.

Esas relaciones verticales dan lugar al clientelismo, el cual tiende a preservar la fragmentación y la desorganización. Esto hace que los individuos no sientan compromiso alguno más que en el seno de la familia, y a veces ni siquiera en este caso. El clientelismo es la opción pragmática ante una sociedad deslavazada o anémica. La verticalidad es el único tipo de asociación que muestra una cierta operatividad en una sociedad que ha sufrido la división interna de manera permanente.

En la base del clientelismo agrario siguen existiendo relaciones de tipo feudal en el campo. Este es, desde luego, un ambiente propicio para la reproducción del sistema patrimonial en los términos en que Weber lo describió.

¹⁶ Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics 1943-1988*, London, Penguin Books, 1990, pp. 33-34; el fragmento citado es de Piero Bevilacqua, “Quadri mentali, cultura e rapporti simbolici nella società rurale del Mezzogiorno”, *Italia Contemporanea* 36 (1984): 69. Estas referencias son de Robert D. Putnam, *Making democracy work*, op. cit., p. 143.



El patrimonialismo se sustenta en el recurso a la violencia privada así como en la dominación de los caciques:

Los campesinos temen la exclusión del sistema patrón-cliente, porque sólo ese sistema, a su entender, les asegura la subsistencia física, junto con la necesaria intermediación de las distantes autoridades estatales y una especie de programa de bienestar muy elemental de carácter privado (pensiones para viudas y huérfanos así como eventuales “gratificaciones”), que se aplica en la medida en que el campesino-cliente permanece sumiso, fiel al estamento y “disponible” para engrosar los contingentes de corifeos que necesita el patrón.¹⁷

No es casual que el crimen organizado sea una de las estructuras sociales que más enraizó en este ambiente patrimonial italiano. En el sur de ese país la delincuencia ha tomado diferentes denominaciones —*Mafia* en Sicilia, *Camorra* en Campania, *Ndrangheta* en Calabria—, pero el fenómeno tiene similitudes impresionantes: “Los historiadores, los antropólogos y criminalistas debaten sus orígenes históricos específicos, pero la mayoría está de acuerdo en que el crimen organizado está sustentado en esquemas tradicionales del vínculo patrón-cliente. Ese tipo de delincuencia brotó como respuesta a la debilidad de las estructuras judiciales y administrativas del Estado.”¹⁸ En este ambiente en el que las instituciones formales registran una gran debilidad o, peor aún, simplemente no existen, la idea de justicia está sujeta a una interpretación aleatoria: los individuos no recurren a las instancias públicas para resarcir el daño sufrido; lo más común es que busquen hacerse justicia por propia mano. Aquí está involucrado el sentido del honor porque quien no es capaz de hacerse justicia por propia mano carece de respeto en la comunidad.

¹⁷ *Ibidem*, p. 145.

¹⁸ *Ibid.*, p. 146.



Los individuos se granjean el reconocimiento y el ascenso social con base en el grado de violencia y astucia que los hacen salir victoriosos: “La estructura de la mafia en sí misma está basada típicamente en relaciones verticales (con frecuencia inestables) de autoridad y dependencia, con muy poca o nula solidaridad horizontal entre iguales.”¹⁹ En vez de que esto propicie el desarrollo del “capital social” —para usar la misma terminología de Putnam—, el patrimonialismo genera en realidad una especie de “capital oligárquico” (esta última no es usada por Putnam, pero puede ser deducida a partir de la contraparte generada por las “comunidades inciviles”).

Sea como fuere, la visión de Putnam es que se debe salir de la incivilidad y el patrimonialismo para entrar en la civilidad y la modernidad. La clave está en propiciar el capital social que se nutre de la confianza y la cooperación: “El capital social se refiere a las características de la organización social, como confianza, normas y redes que pueden mejorar la eficiencia de la sociedad por medio de la procuración de acciones coordinadas.”²⁰ Como otras formas de capital, el capital social es productivo y redituable para quien o quienes lo poseen. No obstante, a diferencia de otros tipos de capital, el que aquí nos interesa tiene una manera particular de proceder: hace posible el logro de ciertos fines que no podrían ser alcanzados de otra manera.

Putnam observa que los altibajos del prestigio social y el riesgo de que alguien traicione al grupo disminuyen notablemente cuando se cuentan con normas internalizadas por los miembros de la asociación y por una red de compromisos recíprocos. En este contexto, echa mano de ejemplos que, a nuestro parecer, son contrastantes y controvertidos. Respecto de la fidelidad que le guardan los miembros de la comunidad al grupo de pertenencia, recurre a ejemplos típicamente comunitaristas o a ejemplos de carácter asociativo mucho menos emparentados

¹⁹ *Ibid.*, 147.

²⁰ *Ibid.*, p. 167.



con el dominio del grupo sobre hombres y mujeres adscritos a él. En el primer aspecto menciona comunidades en las que pueden llegar a ser tan fuertes las normas en contra de la deserción, que miembros al borde de incumplir sus compromisos con el grupo han optado por el suicidio o por vender a sus hijas. En este mismo renglón menciona algunas aldeas nigerianas en las que la sola amenaza del ostracismo, es decir, de ser expulsados del clan por las razones que sean, es una amenaza que mantiene integradas a las personas dentro de sus comunidades tribales.

Por lo que se refiere al segundo aspecto, es interesante resaltar que Putnam menciona, concretamente, el ejemplo de la Ciudad de México:

En la más difusa, sociedad impersonal de la Ciudad de México de nuestros días, en contraste, redes mucho más complejas de confianza mutua deben ser tejidas al mismo tiempo para sostener las cajas de ahorro (*rotating credit associations*). Vélez-Ibañez ha descrito un floreciente abanico de cajas de ahorro que se extienden a lo largo y ancho de la trama social. Ese floreciente abanico está basado en la confianza (reciprocidad generalizada y confianza mutua). Dice Vélez-Ibañez: “Los vínculos de confianza han de ser directos e indirectos y varían en calidad e intensidad”. En muchos casos, los miembros deben apoyarse en la confianza de otros para completar sus obligaciones, desde el momento en que ellos saben poco acerca de los demás involucrados en la caja de ahorro. Tal como un informante lo planteó, la “confianza mutua se concede”.²¹

Ciertamente es loable que México sea mencionado como un país en el que está germinando el capital social. Sin embargo, debemos admitir que en nuestro país

²¹ *Ibid.*, p. 168.



todavía hay rezagos sociales y económicos muy marcados. Hay una pugna, entre zonas cívicas y localidades inciviles. O, dicho de otro modo: entre la activa presencia del capital social y la carencia del mismo. En esto podemos encontrar una similitud con lo que sucede en Italia en la que Putnam encontró un paisaje variopinto compuesto por regiones cívicas y regiones inciviles.

Una de las afirmaciones más contundentes que Putnam realiza en su libro *Making Democracy Work* es la siguiente: “La confianza es un componente esencial del capital social”.²² Este se crea y reproduce con la generación de círculos virtuosos, en tanto que, retrocede o se destruye si cae en el remolino de los dominios caciquiles y patrimoniales. El punto es que, como todas las formas de capital, el capital social muestra sus ventajas para quienes lo poseen. En consecuencia, tiende a acumularse. Los éxitos en pequeña escala animan a las asociaciones a incrementar su acción para resolver problemas más amplios mediante la expansión de su campo de acción.

Albert Hirschman ha llamado a ciertas formas de acción colectiva, como el capital social, “recursos morales”, esto es, recursos cuyo suministro se incrementa conforme más se utilizan. Mientras dos personas confían más una en la otra, mayor será la confianza mutua. De manera correspondiente, la desconfianza es difícil de erradicar porque frena a la gente al momento de querer salir del círculo vicioso: “Una vez que se inicia la desconfianza se vuelve casi imposible saber si fue justificado o no caer en ella, pero el asunto es que ella tiene la capacidad de *autocumplirse*.”²³

Otras componentes del capital social como las normas y redes sociales también se incrementan con su uso o disminuyen si son abandonadas. Un rasgo especial del capital social es que se trata de un bien colectivo a diferencia del capital monetario que es, primordialmente, un bien privado.

²² *Ibid.*, p. 170.

²³ *Idem*.



Putnam se apoya en lo dicho por Antonio Genovesi, economista napolitano del siglo XVIII, quien mostró la ausencia de confianza como un factor en contra del desarrollo político y económico. En ausencia de confianza, no hay certeza en los contratos y, por tanto, la ley se ve mermada. Así, dice Genovesi, la sociedad queda reducida a una condición semisalvaje. En contraste, en las regiones cívicas de Italia, la confianza social ha sido el ingrediente clave que ha sostenido el dinamismo económico y la actuación honesta del gobierno. La cooperación brota en todos los terrenos: entre el legislativo y el ejecutivo, entre los trabajadores y los empresarios, entre los partidos políticos, entre el gobierno y los grupos privados:

La confianza lubrica la cooperación. Mientras mayor es el nivel de confianza en una asociación, mayor será de manera correspondiente la probabilidad de cooperación. A su vez, la cooperación nutre la confianza. La acumulación constante de capital social es una parte crucial de la historia que está detrás del círculo virtuoso de la Italia cívica.²⁴

Pero ¿cómo se puede crear el capital social? Esta incógnita es despejada por Putnam señalando que cualquier sociedad, moderna o tradicional, autoritario o democrática, feudal o capitalista, se caracteriza por contar con una red comunicativa ya sea formal o informal. Algunas de estas redes son “horizontales”, es decir, ponen en contacto agentes de un mismo *status*. Otras redes son “verticales”, o sea, relacionan agentes asimétricos que establecen vínculos jerárquicos de dependencia. Con base en esta distinción podemos observar que el capital social tiende a germinar en las relaciones de tipo horizontal que cuentan con alto grado de reciprocidad.

²⁴ *Ibidem*, p. 171.



Putnam distingue dos tipos de reciprocidad: una que llama balanceada o específica; otra generalizada o difusa:

La reciprocidad balanceada se refiere a un intercambio simultáneo de objetos de valor equivalente como cuando los compañeros de trabajo intercambian regalos o los congresistas cuando se echan la mano para aprobar ciertas iniciativas de ley. En cambio, la reciprocidad generalizada se refiere a una relación continua de intercambio que en un momento determinado no es requerida o no balanceada, pero que involucra mutuas expectativas de que un beneficio seguro será recompensado en el futuro.²⁵

La cuestión es que la reciprocidad generalizada es un componente altamente productivo del capital social. Dicho de otro modo: la norma de la reciprocidad generalizada sirve para reconciliar el interés personal con el interés colectivo. El altruismo desinteresado puede ser recompensado tarde o temprano por una acción que nos beneficie. “Hoy por ti, mañana por mí”, reza el refrán. Si esta idea se repite y cristaliza en una red de intercambios, la asociación junto con los miembros que la componen, se verá favorecida. A su vez si esto se convierte en una práctica cotidiana el resultado será que los individuos internalizarán e incluirán en sus comportamientos esa reciprocidad. La colaboración se hará extensiva junto con la convicción de cooperar para que todos obtengan alguna compensación por el hecho de trabajar juntos en vez de arreglárselas por su cuenta.

Lo contrario sucede con las relaciones verticales o clientelares en las que no importa cuán densas e importantes sean. Dice Putnam: “La relación patrón-cliente, ciertamente supone intercambio personal y obligaciones recíprocas, pero aquí

²⁵ *Ibid.*, p. 172.



el intercambio es vertical y las obligaciones asimétricas. Pitt-Rivers llama al clientelismo ‘amistad torcida’.”²⁶

En esta serie de argumentaciones encontramos un factor más que aleja a Putnam del comunitarismo *tout court*. Me refiero a la indicación en torno a que los vínculos de reciprocidad tienden a ser limitados en círculos en los que la segregación frente al exterior es un punto característico del grupo. En cambio, las redes de compromiso cívico que entrecruzan la trama social sin restricciones se erigen como una parte sustancial de las reservas de capital social.

Putnam camina más o menos en la misma ruta de Barber, esto es, no pone el centro gravitacional en el Estado o en el mercado. Su eje de acción es la sociedad. Desde allí se puede fomentar de mejor manera el desarrollo económico:

Normas y redes de compromiso cívico han fomentado el crecimiento económico en lugar de inhibirlo. Este efecto continúa hasta ahora. A lo largo de dos décadas, desde el nacimiento de los gobiernos regionales (vale decir, desde que se instrumentaron las reformas administrativas), las regiones cívicas en Italia han crecido más rápido que las regiones con menos asociaciones y más estructuras jerárquicas, tomando su nivel de desarrollo desde 1970. Comparando dos regiones igualmente avanzadas en términos económicos en ese año, una de ellas con densas redes de compromiso cívico creció significativamente más rápido en los años subsecuentes.²⁷

Una sociedad civil robusta combinada con una administración pública honesta genera efectos económicos notables. Los ciudadanos que viven en las asociaciones cívicas esperan un buen gobierno y llevan a cabo esfuerzos concretos por obtenerlo. Solicitan servicios públicos eficientes y están preparados colectiva-

²⁶ *Ibid.*, p. 174.

²⁷ *Ibid.*, p. 176.



mente para alcanzar ese objetivo. De tal manera: “el capital social, en cuanto se plasma en redes horizontales de compromiso cívico, refuerza la actuación de la política y la economía, en lugar de lo contrario: sociedad fuerte, economía fuerte; sociedad fuerte, Estado fuerte.”²⁸ Esta ecuación echa por tierra los prejuicios tanto estatistas como neoliberales. Rompe con el falso dilema: o más Estado o más mercado; Keynes o Friedman.

Durante largo tiempo nos enfrascamos en discusiones estériles acerca de cuál parte de este binomio era la correcta, sin percatarnos de que había un tercer elemento en el que en realidad se encontraba la respuesta, la sociedad. Sólo ahora, después que la moderna sociedad civil ha madurado, podemos calibrar con justeza la visión de largo alcance desplegada por Tocqueville cuando afirmó que el gobierno democrático se fortalece cuando está basado en una sociedad civil vigorosa. Para decirlo con Putnam: “La democracia no requiere que los ciudadanos sean santos desinteresados, no obstante, de diversas maneras ella asume que la mayor parte de nosotros y la mayor parte del tiempo resistirán la tentación de engañar. El capital social fortalece la mejor parte de nosotros mismos. La actuación de nuestras instituciones democráticas depende en buena medida del capital social.”²⁹

Desde la esfera de la sociedad civil el círculo virtuoso que genera el capital social tiende a reforzarse y acumularse. Esto hace decir a Putnam: “Para la estabilidad política, para la efectividad del gobierno e incluso para el progreso económico el capital social es quizá más importante que el capital físico y humano.”³⁰ Y a la inversa, la ausencia de estos rasgos es propia de la comunidad incivil. La deserción, la desconfianza, la falta de compromiso cívico, el aislamiento y la violencia al lado del estancamiento se refuerzan mutuamente acrecentando los círculos viciosos.

²⁸ *Idem.*

²⁹ Robert Putnam, *Bowling Alone*, p. 349.

³⁰ Robert Putnam, *Making Democracy Work*, p. 183.



Estas son las dos grandes fuerzas que están presentes, en mayor o menor grado, en cualquier sociedad. Ellas generan una rivalidad en la que alguna prevalece sobre la otra. En el caso de las asociaciones cívicas los comportamientos inadecuados tienden a ser desalentados: “En una sociedad caracterizada por densas redes de compromiso cívico, en las que la mayoría de la gente se apega a las normas civiles, es más fácil frenar y castigar a la eventual ‘manzana podrida’, de manera que la traición es más riesgosa y menos frecuente.”³¹ En el caso contrario, la manzana que no ha sufrido la descomposición tiende a ser infectada por el mal que aqueja a las demás, o sea, las relaciones verticales y clientelares se inclinan a desarticular los círculos virtuosos que eventualmente puedan crearse a su alrededor.

Putnam recurre a las observaciones hechas por Duglass North quien compara los rasgos de la situación poscolonial entre Norte y Sudamérica tomando como referencia sus respectivos pasados coloniales. Se trata de una explicación enormemente ilustrativa en torno al grado de desarrollo de una y otra región:

Después de la independencia, tanto los Estados Unidos como las repúblicas de América Latina compartieron esquemas constitucionales, recursos abundantes y oportunidades internacionales semejantes; pero los norteamericanos se beneficiaron de su descentralización, del patrimonio parlamentario inglés, en tanto que los latinoamericanos fueron maldecidos por el autoritarismo centralista, el patrimonialismo y el clientelismo que heredaron de la España del medievo tardío. En nuestros términos, los norteamericanos recibieron el legado de la tradición cívica, mientras que los latinoamericanos fueron receptores de las tradiciones de la dependencia vertical y la explotación. El asunto no es que las preferencias y predilecciones específicas de Norte y

³¹ *Ibidem*, p. 178.



Sudamérica difieren, sino que contextos sociales históricamente derivados muestran a ambos bajo un conjunto diferente de oportunidades e incentivos. El paralelo entre este contraste entre el Norte y el Sur de América y nuestro caso Italiano es sorprendente.³²

De aquí se deduce la diferencia entre las normas informales y las normas formales: la aplicación de un mismo sistema jurídico puede llevar a resultados totalmente opuestos cuando es aplicado a contextos sociales caracterizados por valores y prácticas de naturaleza divergente.

La conclusión a la que llega Putnam no puede ser más puntual. En las asociaciones cívicas del norte de Italia, hay una especie de contrato social entre los participantes. No es un acuerdo formalmente estipulado pero, más importante que eso, es un compromiso de índole moral de suerte que los individuos lo respetan no por una condicionante externa, sino por adhesión íntima, es decir, por convicción. Dice Putnam:

El contrato social que sostiene la colaboración en la asociación cívica no es legal sino moral. La sanción por violar ese pacto no es penal, sino que es el castigo de la exclusión de la red de solidaridad y cooperación. Normas y expectativas juegan un papel importante. Como Thompson, Ellis y Wildavsky lo plantearon, “las formas de vida se hacen viables al clasificar ciertos comportamientos como valiosos y otros como indeseables o incluso inconcebibles”. Una perspectiva del propio rol y las propias obligaciones como ciudadano, que hace pareja con el compromiso con la equidad política, es el cemento cultural de la asociación cívica.³³

³² *Ibid.*, p. 179.

³³ *Ibid.*, p. 183.



Cierto, la formación del capital social no es una tarea fácil pero, como el mismo Putnam subraya, esa es la clave para hacer que la democracia funcione.

Luego del éxito alcanzado por *Making Democracy Work*, Putnam continuó estudiando el tema del capital social e hizo objeto de sus pesquisas a la sociedad americana de la que él mismo dice sentirse orgulloso como baluarte de la formación civil de la voluntad y de la acción colectiva. Con refuerzos tanto argumentativos como empíricos para rastrear la huella de las asociaciones cívicas en su país, Putnam se dio a la tarea de mostrar los perfiles de la participación cívica en la Unión Americana y, en efecto, encontró muchos elementos que mostraron el alto nivel de interés que los americanos muestran por los asuntos colectivos. No obstante, también encontró indicadores que muestran un preocupante declive del grado de participación de los ciudadanos en comparación con la forma en que sus padres y abuelos intervenían en la vida en común. Por eso llamó a su segunda obra *Bowling Alone*, es decir, “jugando boliche solo”. Entre los factores que explican este declive se encuentra la televisión. Escribe al respecto: “Más tiempo frente al televisor significa la disminución prácticamente de toda forma de participación cívica y de compromiso social.”³⁴ El poder televisivo sustrae a las personas del contacto con sus semejantes y lo introduce en una dimensión lúdica en la que los problemas reales y los conflictos internacionales se transforman en otro más de los botones que podemos oprimir a placer y, por tanto, en un programa más de los tantos que podemos ver en la pantalla.

La televisión inhibe nuestra capacidad de raciocinio: “así como la televisión privatiza nuestro tiempo libre, ella también privatiza nuestras actividades cívicas, obstruyendo el intercambio con nuestros semejantes incluso en un grado mayor de lo que hace con nuestras actividades políticas.”³⁵

³⁴ Robert D. Putnam, *Bowling Alone*, p. 228.

³⁵ *Ibidem*, p. 229.



En esta nueva investigación sobre la forma en que opera el capital social, Putnam reconoce que la dependencia de las personas respecto de la televisión no es solamente un componente más entre los varios que inciden negativamente en la participación civil de las personas, sino que ella es el agente fundamental que bloquea nuestra relación directa con los problemas que nos son comunes. El siguiente fragmento pinta de cuerpo entero el desafío que tenemos por delante:

La gente que dijo que la televisión es su “forma primordial de entretenimiento”, trabaja como voluntaria y se desempeña en los proyectos comunitarios muchos menos; asiste menos a cenas y reuniones de club; dedica menos tiempo a visitar a los amigos; se dedica menos a las cosas de casa; sale a días de campo con menor frecuencia; está menos interesada en la política, dona sangre con menos asiduidad; le escribe a los amigos con menos regularidad; hace menos llamadas de larga distancia; envía menos cartas de saludos y menos e-mails. Mientras tanto, este tipo de personas de las que hemos venido hablando, sí tiene más frecuentemente arrebatos de ira al conducir su automóvil que la gente ubicada en el mismo rango demográfico que difiere de ellas tan sólo por afirmar que la televisión no es su forma básica de distracción. La adicción a la TV no solamente es asociada con un menor compromiso con la vida de la comunidad, sino con una menor comunicación en todas sus formas —escrita, hablada o electrónica... Nada —ni la menor educación, ni el trabajo de tiempo completo, ni los embotellamientos de tráfico, ni la pobreza o las aflicciones económicas— está más ampliamente asociado con la desafección cívica y la desconexión social que la dependencia hacia la televisión como forma de esparcimiento.³⁶

³⁶ *Ibid.*, p. 231.



Lo que observa Putnam acerca del fenómeno televisivo es que la población joven es la que está más expuesta a caer en esa adicción. El sector social que no tiene como forma de entretenimiento primordial a la televisión es el que está compuesto por las personas de edad avanzada o intermedia. La tendencia es, por tanto, hacia la disminución de los niveles de participación conforme nos adentremos en el siglo XXI.

Podemos afirmar que esta disparidad entre generaciones respecto del nivel de participación es uno de los datos más preocupantes acerca del futuro de la democracia y el capital social. La gente joven se siente menos atraída e involucrada en los problemas colectivos. Lo que caracteriza a la llamada generación “X” es una pasividad respecto de los compromisos civiles. No hay un lazo que los ligue estrechamente con la política ni con las ideologías y las doctrinas de carácter social. Esto no significa que los jóvenes estén ausentes de los foros civiles y políticos. Simplemente, quiere decir que se conectan con esos ámbitos de una manera menos intensa de lo que lo hicieron sus padres y abuelos.

Luego entonces, si bien el capital social se enfrenta con dificultades que podríamos llamar de tipo generacional, eso no quiere decir que se encuentre al borde del abismo. Otros factores ayudan a su mantenimiento. Entre ellos, como hemos observado, la creación de asociaciones voluntarias.

De acuerdo con lo dicho por Tocqueville, la presencia de lo que se conoce como asociaciones intermedias es fundamental para mantener una democracia activa. Ellas se caracterizan por tener al menos dos grandes tipos de actividades. De una parte, sus actividades externas permiten a los individuos expresar demandas al gobierno. De igual forma, las asociaciones protegen a los sujetos de eventuales abusos ya sea de la autoridad gubernamental o de los líderes políticos. En esas asociaciones fluye la información y, con base en ella, se discute la vida pública dentro de las redes asociativas que componen la sociedad civil. Cuando se delibera sobre temas específicos, los participantes van moldeando un cierto



punto de vista que al final se convierte en una opinión colectiva, precisamente pública. El proceso discursivo transforma las opiniones individuales en una determinada posición de la asociación. Con razón decía Tocqueville: “Una asociación integra las energías de las diferentes opiniones y las orienta vigorosamente hacia un propósito determinado claramente establecido.”³⁷

De otra parte, desde la perspectiva de sus actividades internas las asociaciones y las redes informales de vinculación civil inculcan en sus miembros hábitos de cooperación y espíritu público. Dentro de las redes asociativas se renuevan los sentimientos y las ideas, se desarrolla el conocimiento gracias a la acción recíproca entre los hombres.

Los atributos democráticos y liberales que las asociaciones inculcan en sus miembros evitan que los individuos caigan en el extremismo. Dicho a la inversa: los individuos que se aíslan de los núcleos comunitarios caen en el fanatismo: “Estudios de psicología política durante los últimos cuarenta años han arrojado como resultado que ‘la gente divorciada’ de la comunidad, la ocupación y la asociación son quienes se encuentran primero y ante todo, entre los que apoyan el extremismo.”³⁸

Allí está el punto sustancial, conjurar la tentación de la violencia y el fanatismo con base en una acción civil constructiva en términos democráticos.

³⁷ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, ed. J.P. Mayer, trans. George Lawrence, Garden City, New York, Doubleday, 1969, p. 190. Citado por Robert D. Putnam, *Bowling Alone*, p. 338.

³⁸ *Idem.*